mejor carabina, y mientras tanto, toma otra arma igualmente terrible. No necesito estar armado cuando estoy en tu palacio y bajo tu protección.

Y diciendo así, se soltaba del cinturón y daba al rey su revólver. No pudo éste disimular su alegría; asió la pistola, la volvió en todos sentidos, con las manos convulsas y los ojos brillantes: el poderoso monarca africano volvía á ser niño; el negro reaparecía reclamando sus derechos.

Aprovechó de Morin este instante de expansión para abordar someramente un punto delicado: dijo al rey que los Mombouttous tienen fama en el Norte de comerse los cadáveres que causan al enemigo, y que él desearía evitar á su hermana un espectáculo odioso y repugnante para los blancos.

Contestó Mounza, un poco confuso, porque tal vez él mismo se encontraba culpado, que le sería imposible reformar de pronto las costumbres de su nación, pero que cuidaría que no se ofendiesen mucho las miradas de la sultana.

Acorralado por las preguntas de de Morin, confesó que un soldado Mombouttou no se cree invulnerable hasta haber devorado el hígado de uno de sus enemigos. No podía sorprendernos la revelación, cuando Baker declara que los soldados de su escolta personal, los cuarenta ladrones, como se les llamaba, tropas aguerridas, de extremado valor y semi civilizados, tenían igual preocupación que los Mombouttous. «Antes de un combate, escribe,

creyendo mis hombres que cada una de sus balas mataría un enemigo, si devoraban el hígado de uno de ellos, arrancaron el de un cadáver y se le comieron crudo. En seguida destrozaron el cuerpo y le esparcieron frente á los contrarios, como para asustarles.» Ocurría esto el año último, en la región del Nilo, entre Khartum y Gondokoro, ante Baker y su mujer; no habíamos de extrañarnos ni quejarnos, si en regiones mucho más salvajes que las del Nilo, asistíamos á espectáculos parecidos. Debemos, por el contrario, agradecer á Mounza las precauciones tomadas para no herir nuestra susceptibilidad: continuarán sus soldados comiéndose á sus enemigos, no se les puede negar ese gusto; pero los devorarán á cencerros tapados, sin ostentación, como personas delicadas y discretas que respetan las opiniones del vecino.

No todos los viajeros alcanzan tan felices resultados. El general Baker mismo, cuenta también que trataba un día de hacer comprender á un jefe negro la inmoralidad del comercio de esclavos, y que creía ya haberle convencido, cuando el jefe le interrumpió preguntándole:

—¿Tienes hijos?

—¡Ay! ¡Todos los he perdido!—respondió Baker.

—Pues yo—dijo el jefe—tengo uno, el único, chiquitín y flaco, pero contigo engordaría á ojos vistas. ¡Oh! tú puedes darle de comer cuanto quiera; siempre tiene hambre, come todo el día y toda la noche, sin hartarse nunca;

se hace de él lo que se quiere, con tal que se le llene la panza; no puedes figurarte qué gracioso es mi niño querido ¡y te lo vendo por una *molota*! (pala).

Nosotros, en cuanto á la antropofagía, habíamos conseguido algo más; no quedaba convencido Mounza, pero no parecía insensible á nuestras razones, como el jefe á las de Baker.

Después de algunos minutos de conversación, nos propuso el rey revistar una sección de su ejército; aceptamos gustosos, tanto por curiosidad, como por saber hasta qué punto podíamos fiar en su apoyo, y sobre todo, si nos sería posible obtener ventaja sobre ellos el día que Mounza quisiera volvernos á su reino.

Unos dos mil hombres estaban reunidos en un campo de maniobras inmediato al palacio; servíanles de uniformes los trajes de corteza ya descritos; pero dejando descubiertos los brazos, el pecho y las piernas, embadurnados de pinturas de guerra, rojas, negras ó azules. Los oficiales se distinguían de los soldados por plumas de diversos colores, que adornaban sus sombreros cilíndricos. El armamento era completo: al cinto, sables de hoja curva, hachas, cuchillos y puñales, atravesados por ranuras destinadas á facilitar la salida de la sangre; en la mano derecha una lanza, ó un arco y flechas; en la mano izquierda un escudo primitivo, formado por una tabla rectangular de unos cuatro pies, y que permitía suspender un asa de cobre.

Recibieron la orden de maniobrar ante nosotros, y quedamos sorprendidos por su disciplina, por la precisión de sus movimientos. De Morin me dijo en voz baja:

—Gentes son esas, que sería preciso procurar mantener á distancia con nuestras carabinas, si nos viésemos obligados á combatirles; sus sables, sus hachas, sus puñales son temibles y hacen peligrosa la lucha cuerpo á cuerpo, mientras que sus flechas, aunque llegan como veis á trecientos pasos, son tan ligeras, describen tan cerrada curva antes de caer, que deben herir sólo por casualidad.

Una carga rápida terminó la revista: todos los soldados, después de apartarse como cien metros, se lanzaron hacia nosotros; blandían unos sus hachas, otros traían la lanza en ristre, otros, con el arco tendido, nos dirigían la punta de sus flechas; todos daban espantosos gritos, ponían rostro fiero, rechinaban los dientes, como si se aprestaran á devorarnos... Sin cobardía, sin exagerada timidez, podríamos creer que aquellas tropas iban á destrozarnos; sin embargo, ninguno de nosotros se movió.

¿Era porque estábamos persuadidos de que era un juego, ó porque nuestro orgullo europeo nos impedía dar ante estos salvajes la menor muestra de debilidad?

El rey se había separado, sin duda, para aumentar nuestros temores y dejarnos creer que enviaba su ejército contra nosotros; nos miraba, y debió quedar satisfecho de nuestra actitud: si quiso hacer un experimento, ya sabía que sus nuevos aliados no se dejan intimidar fácilmente.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

En el instante en que sus soldados llegaban á nosotros, corrió á protegernos con su cuerpo: las lanzas, los arcos, las hachas se bajaron, la tropa se detuvo casi automáticamente, saludó al rey, y retrocedió.

6 Julio 1873.—Dentro de breves momentos inicia su marcha el ejército. Ha acudido el pueblo de todas partes para verle pasar y le aplaude; las mujeres lloran, los tambores y las trompas se entregan á un estruendo inaudito; los soldados de nuestra escolta disparan sus fusiles en señal de alegría, y nosotros, montando á caballo, damos orden á nuestra caravana de unirse á las tropas.

¡En marcha hacia lo desconocido!

FIN DE LA FIEBRE DE LO DESCONOCIDO

El episodio siguiente, que termina la serie, se titula: *La Venus Negra.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ

JACOMETREZO, 72, MADRID

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

España: Traducción de Suárez Figueroa.—Un volumen holandesa, tela, 5 pesetas.

Marruecos: Traducido por J. Muñiz Carro.—Un volumen, con noticia biográfica, pesetas 3,50 en Madrid y 4 en provincias.

Recuerdos de París y Londres: Traducción del mismo.—Un volumen, pesetas 2,50 en Madrid y 3 en provincias.

Holanda: Traducido por H. Giner de los Ríos y J. Muñiz Carro.—Un volumen, pesetas 4 en toda España.

Constantinopla: Traducción de H. Giner de los Ríos.—Dos volúmenes, con el retrato del autor, pesetas 5 en toda España.

Recuerdos de 1870 y 1871: Traducción del mismo.—Un volumen, 3 pesetas.

La vida militar: Bocetos, 1.ª serie, traducción del mismo.—Un volumen, 3 pesetas.

La vida militar: Nuevos bocetos, 2.ª serie, traducción del mismo: 3 pesetas.

Novelas: Traducción del mismo: 3 pesetas.—Comprende: Camila.—La casa paterna.—Turio.—Manuel Menéndez.—Un gran día.—Alberto.

Páginas sueltas, 3 pesetas.

EN PRENSA

Poesías.

OBRAS DE D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Pedro Sánchez: Segunda edición: pesetas 4,50 en Madrid, y 5 en el resto de España.

Tipos y Paisajes: pesetas 3 en Madrid y 3,50 en provincias.

Tipos trashumantes: pesetas 2 en Madrid y 2,50 en provincias.

Esbozos y Rasguños: pesetas 4 en Madrid y 4,50 en provincias.

El sabor de la Tierruca: tela, pesetas 3 en Madrid y 4 en provincias.

Bocetos al temple: pesetas 3 en Madrid y 3,50 en provincias.

OBRAS COMPLETAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADO

Tomo I.—**Los hombres de pro:** Con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo y el retrato del autor, pesetas 4 en Madrid y 4,50 en el resto de España.

EN PRENSA

Tomo II.—**El buey suelto...**

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.